

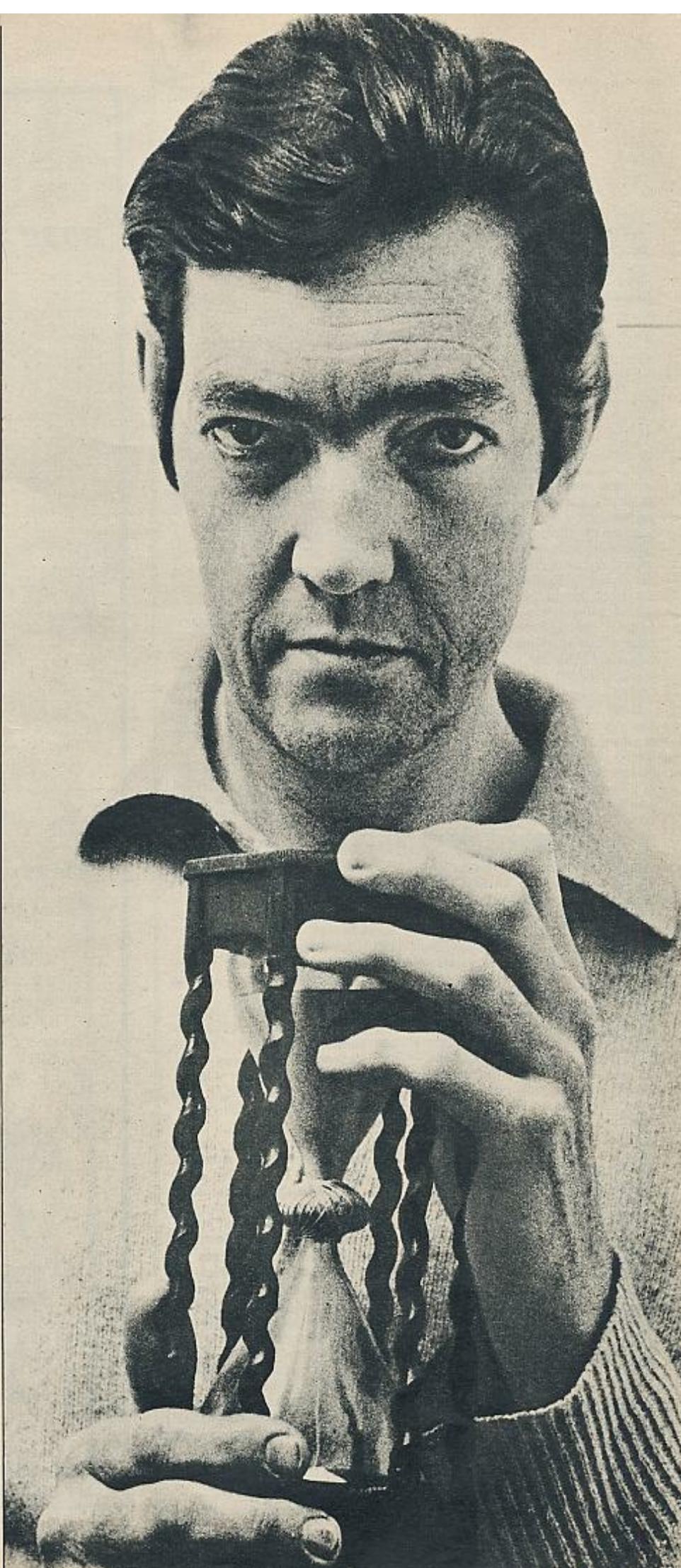
---

*escribe*  
**julio cortázar**

---

**SALVADOR  
DALÍ,  
SIN  
VALOR  
ADALID**

*En fecha próxima comenzará a distribuirse en España una nueva obra del escritor argentino Julio Cortázar, que "Siglo XXI" acaba de publicar en México bajo el título de "Ultimo Round". Esta edición, de características bastante particulares, fue impresa en Turin, sobre diseño de Julio Silva y con ilustraciones de numerosos pintores y fotógrafos. Adelantándonos a ese acontecimiento literario, publicamos una presentación de dicho libro —a cargo de José-Miguel Ullán—, e insertamos un polémico texto, cedido amablemente por el propio Cortázar en exclusiva para nuestra revista. Las fotografías son originales de Julio Gálvez.*



"Haces bien en poner banderines de aviso".

(Federico García Lorca)

Cada uno tiene sus brújulas y sus barómetros, personalmente Dalí me ha servido siempre para adivinar el rumbo de quienes lo juzgan. Cuando quiero entender de entrada a alguien que me presentan sin mayores referencias, me las arreglo para sacar a Dalí de algún cajón del diálogo. Si me dicen (sintetizo una opinión que puede durar diez minutos): "Es un estúpido hijo de mala madre", siento que hay contacto y que todo puede andar bien. Si en cambio la respuesta se corta por el lado de: "Dejando aparte su pintura, es un ser moralmente despreciable", cierro el cajón y me despido lo antes posible porque está claro que me ha tocado aguantar a un señor bien, y pocas cosas me cuestan más que eso en la vida. Aparentemente las dos opiniones se parecen, puesto que ponen el acento (más bien el remache) en una calificación moral; pero hay que estar allí, percibir el tono y las resonancias de las dos opiniones para comprender cuánto se diferencian. Que Dalí sea un hijo de mala madre contiene un eufemismo que le cae por la cabeza (otro eufemismo) a una pobre señora catalana, cuando es él quien debería recibir el ladrillazo entre los bigotes-antenas. Nadie se ha negado menos que Salvador Dalí a recibir, e incluso a agradecer, ese género de ladrillazos; su particular infamia es la del Aretino, la de Curzio Malaparte, la de Louis-Ferdinand Céline, la de Maurice Sachs, la de Jean Genet, la de William Burroughs. Unas líneas sobre Sachs, precisamente, pueden explicar mejor esta vista de puntos, si cabe la inversión; las escribí en 1950 y reaparecen hoy entre viejos papeles: "N. y su mujer me hablan con horror de la innoble figura de Sachs, tal como surge de Le Sabbath.

A la manera de un diario futuro y vespertino, salpicado de fotos y dibujos casi siempre insólitos —para ocultar e iluminar mensajes breves y crueles—, *Ultimo Round* se nos ofrece como una gran mansión del sueño donde la guillotina ha impuesto un primer piso y una planta baja. El autor del laberinto cronopial se llama Julio Cortázar. Y en el alero de su obra ha colgado un curioso cartelito: «Hay que soñar, pero a condición de creer seriamente en nuestro sueño, de examinar con atención la vida real, de confrontar nuestras observaciones con nuestro sueño, de realizar escrupulosamente nuestra fantasía». A renglón seguido, entre paréntesis, una firma quizá no sospechada: Lenin. Ha comenzado la función.

Abordar la lectura de este libro pretendiendo la diversión en línea recta, implantando la nociva y añeja correspondencia escritor-lector, equivaldría a quemar toda aventura de antemano. Por lo tanto, de elegir tan vicioso enfrentamiento, asúmase sin perplejidad beata cualquier desilusión necia e inexcusable. Porque Cortázar edifica desde la incertidumbre y la curiosidad. Desde el desorden fértil. Y ello aquí se traduce en una diversidad antiopresiva, no exenta de insolencia y fiel provocación.

Si todos los textos de Cortázar poseen un grato olor a marginalidad, estos que ahora nos brinda —siguiendo y rematando la experiencia-collage de *La vuelta al día en ochenta mundos*— confirman ese olor en muy doble medida. Se piensa en los objetos de Carelman: imposibles y necesarios a la vez. Asimismo, resalta el interés de dicha exploración, paralela y autónoma con relación al cuento y la novela. Desde otra cancha artística, el escultor Chillida ejemplifica, feroz y brutalmente, este aspecto algo extraño. Nuestro paisano ha ido dibujando, con obsesión secreta, un único motivo figurativo —sus propias manos—, mientras el resto de su admirable obra seguía derroteros completamente ajenos al campo de las apariencias. Al cabo de los años, la sorpresa estalla; las manos de Chillida, rigurosamente independientes, guardan un contacto profundo, cronológico incluso para mirada atenta, con las realizaciones escultóricas, a través de las modulaciones espaciales. En el escritor argentino (de ascendencia vasca), estos mensajes, disfrazados de fabulación menor, no sólo son vitales por de-

recho propio, sino por su trabazón directa con el mundo fantástico de la obra «mayor» cortazariana.

Así las cosas, Julio Cortázar, acusado de poco charlatán, nos muestra, entre feliz y pudoroso, algunos rincones de su personal cocina. En tanto que *escritor*. Sin caer en el cosquilleante retozo confesional, tan frecuente y obsceno en nuestras latitudes. *Ultimo Round* —«criollo como el mate y revuelto como la paella»— patentiza con creces, dentro de sus mil flechas y sentidos, que lo más saludable de la realidad habita en la excepción. Y, de paso, sus páginas parecen confirmar aquella frase pronunciada ya hace unos cuantos años: «Mi pesimismo puede menos que mi esperanza y eso se irá viendo». Vámonos a ver qué pasa.

La diversión, la diversidad y el carácter excepcional del viaje lú-

## Julio Cortázar: La excepción toma el Poder

Por JOSÉ-MIGUEL ULLAN

dico matizan la esperanza: «La entrevisión de un futuro en el que la sociedad humana culminaría, por fin, en ese arquetipo del que el socialismo da una visión práctica y la poesía una visión espiritual». Explorando el azar, arremetiendo contra el telurismo, riéndose del tufo pseudoerótico de nuestras letras —«sin verbo no hay erotismo»—, declarando que «él estará con el que luche y el que espiche», exhibiendo con mimo el gran misterio de unas muñecas rotas a lo Henri Evenspoel, guiñando un ojo ante la frase anónima —«soy marxista de la tendencia Groucho»—, intercalando poemas hermosísimos (véase «Chatterton» como botón de muestra), detestando los puntos suspensivos, afirmando que «no hay arte, sino sueño», amén de otros gerundios operantes, Cortázar ha ilustrado con humor y amor su sospecha cordial: que sólo la imaginación es revolucionaria. Sin «la falsa soltura de los Camilo José» ni las «tramoyas retóricas a lo marqués de Bradomín».

El autor de *Rayuela*, *Las armas secretas* y *Todos los fuegos el fuego* cierra este último libro con la presente convicción: «En lo más gratuito que pueda yo escribir asomará una voluntad de contacto con el presente histórico del hombre, una participación en su larga marcha hacia lo mejor de sí mismo como colectividad y humanidad. Estoy convencido de que sólo la obra de aquellos intelectuales que respondan a esa pulsión y a esa rebeldía se encarnará en las conciencias de los pueblos y justificará con su acción presente y futura este oficio de escribir para el que hemos nacido». Despejando toda interpretación equivocada, antes pudo leerse: «Lo único inmutable en el hombre es su vocación para lo mudable, por eso la revolución será permanente, contradictoria, imprevisible, o no será. Las revoluciones-coágulo, las revoluciones prefabricadas, contienen en sí su propia negación, el Aparato futuro». Para llegar a esa visión, una advertencia: «De mi país se alejó un escritor para quien la realidad, como la imaginaba Mallarmé, debía culminar en un libro; en París, nació un hombre para quien los libros deberán culminar en la realidad».

En el primer piso del volumen ahora presentado residen textos portadores de resonancias muy dispares. Algunos fueron publicados ya en España: «Los testigos» (en «Insula»), «El viaje» (en «Índice») y «Del cuento breve y sus alrededores» (en «El Urogallo»). Con «Noticias del mes de mayo», «La entrada en religión de Teodoro W. Adorno», «Turismo aconsejable», «Tu más profunda piel», casi una cuarentena de poemas, destornillantes comentarios bajo las esculturas de Reinhold y diversos etcéteras ejemplares, Julio Cortázar (cinetizado por Pol Bury) deja patente que no hay cotos vedados. La planta baja (a veces ilustrando la conversación del primer piso) acoge cosas de Polanco, un cortísimo metraje, ensayos de poesía permutante y sondeos de muy escasos renglones y una carta final sin desperdicio.

Tras 62, el último disparo de Cortázar evidencia lo grotesco del orden, corrobora sus méritos de francotirador excepcional y aviva la confianza en un mañana donde el socialismo, a salvo de la muerte, haga el amor a diario con la magia.

París. Febrero, 1970

*¡Una historia de amor,  
eterna como el amor mismo!*

Metro-Goldwyn-Mayer presenta  
Una Producción Arthur P. Jacobs

**Peter O'Toole · Petula Clark**

**"Adiós, Mr. Chips"**  
**"Goodbye, Mr. Chips"**



y **Sir Michael Redgrave**

Guión cinematográfico de Terence Rattigan  
Dirigida por Herbert Ross · Producida por Arthur P. Jacobs  
Letra y Música de Leslie Bricusse  
Basada en la novela de James Hilton · Panavision® y Metrocolor



**Una nueva y deslumbrante versión  
de un film de imborrable recuerdo.**

Adelanto una tentativa, no de defensa (¿qué hay que defender ahí?) pero sí de prevención contra ese desborde del asco tras el cual se adivinan los acomodos de las buenas conciencias. Ciertamente Sachs es el perfecto salud, pero mis amigos no deberían olvidar que es él quien lo admite antes que nadie. Vivimos entre vidas de mala fe, empezando por la nuestra, y pocas veces lo reconocemos como no sea en el fácil plan de: 'Yo pecador, etcétera', o: 'Entre mis muchos defectos, etc.'. Sachs no cae nunca en esas perifrasis que esconden el sobreentendido de: "En fin, uno tiene sus fallas, pero en el fondo...". Honradamente sabe que no es honrado; adelantándose a una posible biografía, nos tiende su tarjeta: Maurice Sachs, canalla. ¿Qué dice tu tarjeta, N., qué dice mi tarjeta? Tal vez el error de N. esté en que no distingue dos planos capitales: lo que se cuenta en Le Sabbath y el hecho de que se cuente. Con Céline pasó lo mismo, o con Genet. Mucho de lo que relatan es atroz, pero su autenticidad autobiográfica proyecta a esa literatura a una dimensión significativa por completo diferente de la 'ficcional'. Si N. habla con razón del exhibicionismo moral de Sachs, nuestra frecuentación vicaria de casos clínicos (casi siempre a través de manuales psicoanalíticos o criminológicos de divulgación, verdaderos burdeles para mirones) debería forzarnos a reconocer el valor sui generis de que alguien se anime a narrarlos sin que nos lleguen de tercera mano, mediatizados por una colchoneta y un desdramatamiento de sueños y parentelas. Seamos sinceros por lo menos en esta admisión: cada libro 'horrible' —Le Sabbath, Voyage au bout de la nuit, Miracle de la rose— pone en crisis la entera literatura edificada sobre la moral judeocristiana, la desafía y le exige

razones más valederas que el ajuste a valores perpetuamente en crisis. Frente a esas bruscas cloacas necesarias, imperiosas, los que siguen esperando de la literatura una manifestación estética de la interminable lucha entre Ormuz y Arimán, dando por supuesto que la batalla se libra a favor de Ormuz, se indignan ante el incomprensible fenómeno de que Arimán pueda aportar cada tanto un testimonio directo en vez de limitarse al contragolpe y a todas las gamas de lo negativo. Eso no se hace, un canalla no tiene derecho a ser un gran escritor; ya no se puede vivir en la ciudad de las letras, adónde vamos a parar".

Dalí, está demás decirlo, tiene tanto de Arimán como de Leonardo da Vinci o de cualquiera de esos artistas o pensadores que él pretende encarnar y, por supuesto, dejar a muchos cuerpos de distancia. Asimilarlo al Mal es rendirle un homenaje que nos valdría inmediatamente un telegrama entusiasta de su parte. La función histórica y social de Dalí es fundamentalmente socrática, pero como un Sócrates en negativo, despreocupado de todo progreso en cualquier plano. Es el monstruo, es decir esa excepción aparente que de golpe puede dejar al desnudo la monstruosidad hasta entonces disimulada de los seres normales. Si Dalí puede ser culpado de acciones innobles (no las conozco directamente, y las que conozco de oídas no son como para escandalizar tanto), ninguna de ellas acumula la infamia universal que deja aparentar el virtuoso coro de protestas y denuestos que siempre las acompañó. Hay contra Dalí un horror muy parecido a esa hipocresía sádica que se disfrazó de horror hacia el verdugo. Dalí trepa tranquilamente la escalera, pasa la soga por el cuello de André Breton o de Pablo Picasso, y los cuelga sin el menor remordimiento.

SALVADOR  
DALÍ,  
SIN  
VALOR  
ADALID



Pero entre la multitud indignada que asiste a las ejecuciones se cuentan muchos que llevan años ahorcando privadamente a Breton o a Picasso, que los han descuartizado y quemado a fuego lento en incontables mesas de café, en tertulias valencianas o parisinas o bonaerenses, pero que se mandarían a guardar apenas alguien les pidiera que firmaran sus opiniones. Dalí es un nuevo Sócrates por su despiadada habilidad para poner en descubierto las falencias individuales y colectivas, y también es el Cristo por su asunción desdenosa de los pecados del mundo; a las imágenes positivas del sofista y del Mesías, contraponen una mera preocupación mayéutica; una vez que la estupidez, la vanidad, las ideas recibidas, la tradición artística, el progreso espiritual entendido como lo entienden los burgueses, han quedado en cueros y suficientemente ridiculizados por su propia acción y sobre todo por las reacciones que esa acción suscita y favorece, él pierde todo interés en el asunto. Poco le importa lo bello, lo bueno y lo verdadero, y mucho menos lavar los pecados del mundo. No es el amigo de Alcibiades ni el cordero de Dios; es un catalán compadrito con más mañas que un caballo de circo, es un testigo del siglo, un estúpido hijo de mala madre. Cuando Federico lo elogió por poner banderines de aviso, no se equivocaba. Sus tijeras han tusado a un montón de Sansones demasiado seguros de su fuerza moral. Alguna vez, quizá, la humanidad pueda hacer su historia sin gente como Dalí; por el momento se limita a negarlo con el triste sistema del leproso que cubre los espejos de la casa. Al anagrama famoso y justo y latino, Avida dollars, yo contrapongo este otro más amable y simbólico y francés con el que me despido: Dors, Dalila, va. ■ JULIO CORTAZAR.